RAMÓN PEÑA

LA CIUDAD ETERNA

ZARZUELA

EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

MÚSICA DEL MAESTRO

Eduardo Granados

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24.

1921

A Luis Fernandez de Sevilla.

Por la memória materna
juro que nuestra amistad,
franca, fuerte, noble y tierna,
será como esta ciudad;
eterna.

Ramon Peñas

Madrid - 30 - Mayo - 1.845.

LA CIUDAD ETERNA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, bi R. Peña y E. Granados, 1921

524:9

La Ciudad Eterna

ZARZUELA

EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE

RAMÓN PEÑA

música del maestro

Eduardo Granados

Estrenada en el TEATRO CERVANTES
el 18 de Octubre de 1921

MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1921

CARTA ABIERTA

Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez.

Mi ilustre y querido amigo: A su cariñosa carta aceptando la dedicatoria de mi CIUDAD ETERNA, con lo que se ven colmadas mis ilusiones, contesto ya en la primera hoja del libreto. Mi modesta producción no es digna de tener un padrino como usted, político de alta jerarquía, maestro de periodistas y autor muchas veces aplaudido... Yo puedo exclamar, como el personaje de aquella obra: ¡suerte que tie uno! Reciba, pues, a su ahijada con tanto cariño como ilusiones yo puse en ella, y un apretado abrazo, fiel reflejo del afecto que por usted siente

RAMÓN PEÑA

REPARTO

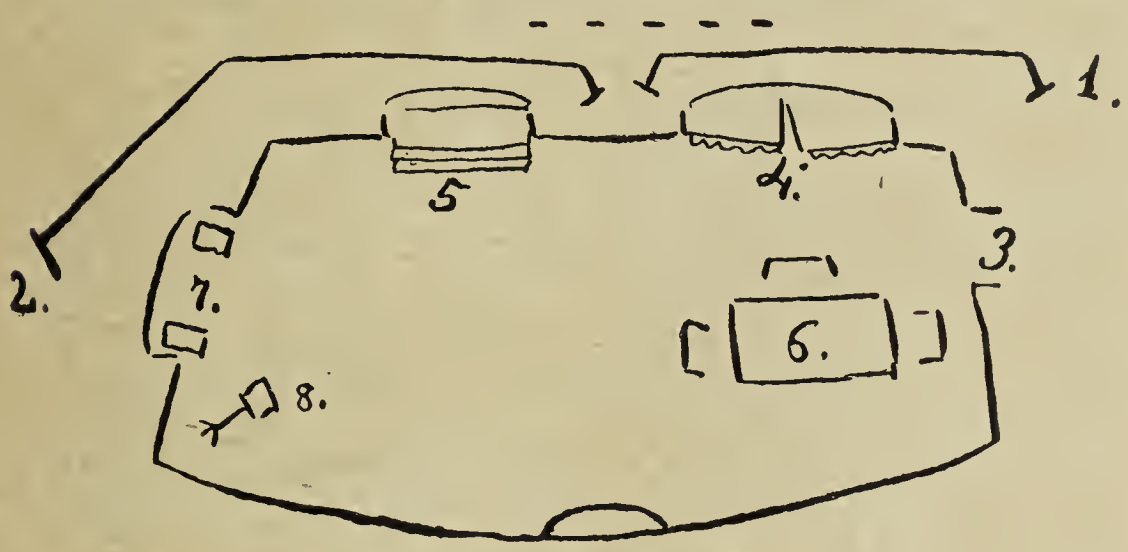
PERSONAJES	ACTORES
ELENA, DUQUESA DE PALMAROLI...	Sra. Martínez.
CONDESA DE SORRENTO... ...	Moscat.
NAPOLITANA 1.ª...	Srta. Benítez.
LEONARDO...	Sr. Uliverri.
MALATESTA...	Peña.
RANCINI, CARDENAL...	Valero.
PANDOLFI, CARDENAL...	Cuevas.
FERRATTA, OBISPO...	Viñegla.
NAPOLITANO 1.º...	Pinedo.
MAYORDOMO, PAOLO...	Abolafia.
CRIADO...	Balboa.
SACRISTAN...	Benítez.
CRISTOFANO...	Cuevas.
ANGELO...	Rodríguez.
CANTOR 1.º...	Iglesias.
CANTOR 2.º...	Polo.
SEBASTIANI...	Romero.

Napolitanas, Napolitanos, Infantillos, Servidores de la Casa Palmaroli, Bandurrias, Laúdes y Guitarras.

Indicaciones, del lado del actor.—Epoca, principios del siglo XVIII (1729).—Lugar de acción, Roma.

ACTO PRIMERO

CROQUIS DEL DECORADO Y MUEBLES



1. Forillo, salón de paso
2. Idem, jardín.
3. Puerta practicable.
4. Puerta grande, con tapices.
5. Tabladillo para los músicos, con balcón de invierno igual al número 7.
6. Mesa y tres sillones.
7. Gran balcón de invierno, con dos sillones.
8 Facistol con papeles de música.

La escena representa el gran salón comedor del palacio que en Roma habita el cardenal Rancini, secretario de Estado del Sumo Pontífice recién fallecido Benedicto XIII. Gran lujo y riqueza en tapices, cuadros y muebles; todo ello de elegante severidad y dando la sensación de ser digna morada de un prestigioso príncipe de la Iglesia. Puerta grande al foro izquierda, con tapices

que a su tiempo se descorren. Gran balcón de invierno en la derecha, formando chaflán, y dos puertas practicables en los laterales de la izquierda.

Al levantarse el telón están sentados en derredor de la mesa, y ya en los postres de opípara cena: RANCINI, frente al público; PANDOLFI, en la derecha, y FERRATTA, en la izquierda. Sirven a la mesa SEBASTIANI y un CRIADO; ambos visten la suntuosa y severa librea de la Casa Rancini. En la derecha, y junto al facistol, está Malatesta dirigiendo la pequeña orquesta di camera *del Cardenal, compuesta de dos violines y un violoncello; éstos ocupan el tabladillo del foro derecha. Como se ve por el ambiente y personajes de este cuadro, cuidándolo puede llegar a producir el efecto deseado por el autor: éste es el de una finísima estampa de la época.*

ESCENA PRIMERA

RANCINI, PANDOLFI, FERRATTA, MALATESTA, SEBASTIANI, CRIADO y MUSICOS. A poco, COMPARSA NAPOLITANA

Música

(A poco de levantarse el telón cesa de tocar la pequeña orquesta; los comensales aplauden.)

Rancini ¡Qué hermosa melodía!

Pandolfi / **Ferratta** ¡Divina inspiración!

Malat. Vuestro sobrino es músico
de mucho corazón.
Con su arte alcanzará
las cimas de la gloria,
y un nombre dejará
escrito en nuestra historia.

Rancini *(Recitando sobre la música.)* Servid las frutas, los dulces, y de mi bodega, los más generosos y añejos vinos de España. Quiero brindar por la futura gloria de la Casa Rancini, que con su inspiración conquistará mi admirado sobrino Leonardo.

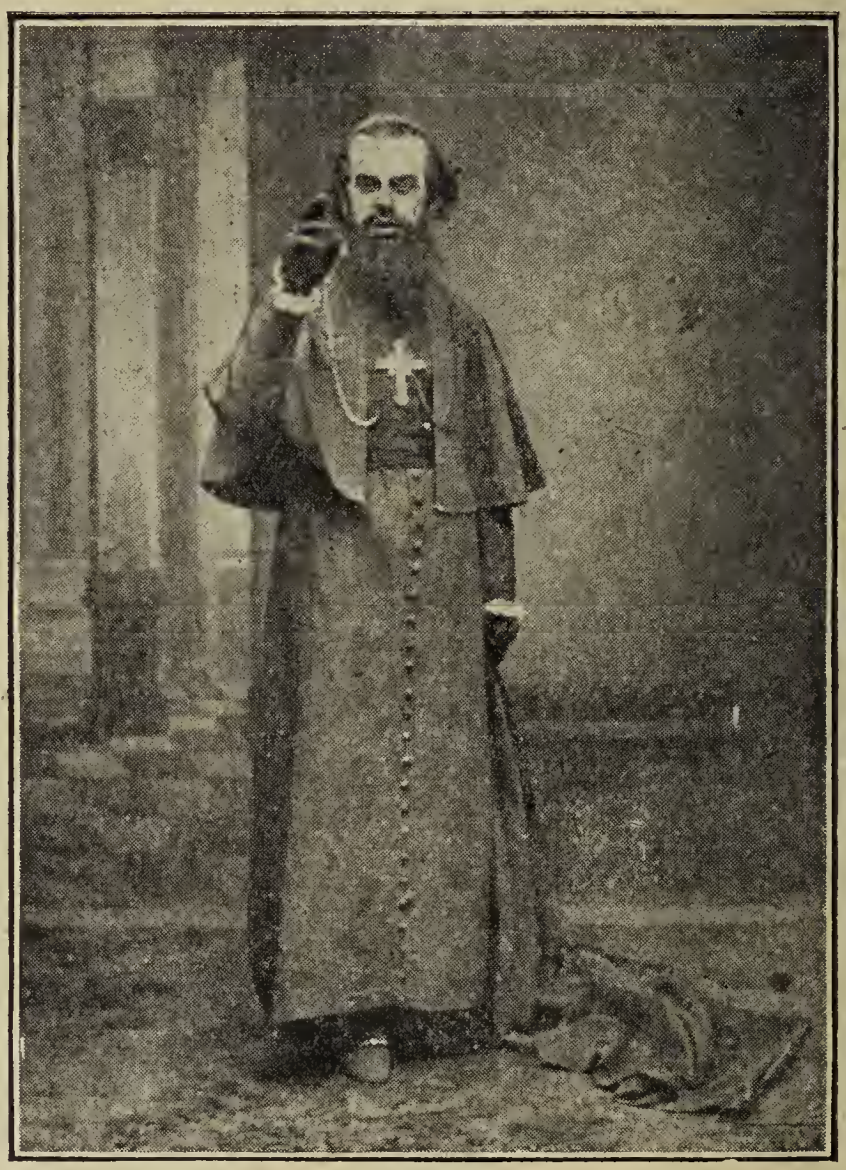
Pandolfi Yo brindaré por nuestro triunfo en el cercano conclave.

(El Criado sirve los vinos pedidos, y sale Se-

bastiani por la izquierda con una gran fuente de dulce.)

Malat. ¡Yo estoy entusiasmado con esta composición... do... re... fa... la!... ¡Qué deliciosa música... qué dulce... qué dulce!... *(Fijándose en el que lleva Sebastiani.)* ¿Qué dulce es..., tú?

Sebast. *(Dándole un pisotón.)* Tarta de Pissa.



Malat. ¡Ay... pisa... pisa con cuidado, briganti!

Rancini *(Cantando.)*

Que nuestras libaciones,
buen Malatesta,
alegren con sus sones
tu gran orquesta;
tocad cosas alegres.
cosas mundanas,
que rebosa contento
toda mi alma.

Brindemos por el triunfo
de mi sobrino;
bebed vino de España,
bebed más vino.
(Beben todos. Recitado sobre la música.)
¿Qué os parece?

Ferratta ¡Magnífico!

Rancini Repetid. *(Beben.)* Bien... ¿Pero oímos algo alegre, Malatesta?

Malat. Monseñor, en la antesala os tengo preparada una sorpresa; ¿si dais vuestra venia?...

Rancini Ya me extrañaba a mí que no hubieras inventado algo... ¡Venga lo que sea!

Malat. Mi sorpresa recordará a monseñor el alegre suelo que le vió nacer. Es una comparsa napolitana.

Pandolfi
Ferratta ¡Bravo... muy bien!

Rancini *(Cómicamente emocionado.)* ¡Malatesta, hijo mío; yo te bendigo... y te obsequio! *(Le da una copa.)*

Malat. *(Después de beber sube al foro.)* ¡Adelante la comparsa napolitana!
(Fuerte en la orquesta y salida de los Napolitanos, que evolucionan, cantan y bailan. La Comparsa la componen Napolitana 1.ª y Napolitano 1.º, más ocho muchachas, cuatro vestidas de hombre y cuatro de mujer.)

Napol. 1.ª De la tierra que el Vesubio
con sus llamas amenaza,
cuna de hermosas mujeres,
de allí soy. ¡Napolitana!
¡Ay, firulí... ay, firulé...
napolitana yo quiero ser!

Coro ¡Ay, firulí... ay, firulá...
napolitana es y será!

Napol. 1.º Soy también napolitano,
de aquel mar soy pescador;
que es el mar de la esperanza,
por ser verde su color.
Por el golfo y en mi lancha
voy cantando mis amores,
contemplando los fulgores
de brillantes estrellas
que me inundan de luz.

Todos Nápoles de mis ensueños,
de la Italia lo mejor,

te proclaman los poetas
como tierra del amor.
¡Ay, mi tierra, no te olvidé;
ay, yo siempre te he de adorar,
y a ti quiero volver
para nunca marchar!
¡Porque soy napolitana!
(Bailan y termina el número.)

Hablado

Rancini *(Altisonante.)* Mucho agradezco vengáis representando a mi querida región, para con vuestros cantos agradecer el interés que por mi ciudad siempre me tomo. Este poético acto, llevado a cabo por la tierra vesubiana, quedará grabado en mi alma... Conducid a toda esta gente a las cocinas y que los obsequien... ¡Salid todos!

Todos ¡Monseñor!...
(Bis en la orquesta y mutis por puerta foro, los napolitanos y los músicos. Sebastiani y el otro Criado, que durante el número de música quitaron todo el servicio de mesa, corren los tapices de la puerta foro y hacen mutis. Malatesta va a seguirles, pero se ve detenido por la voz de Rancini. Los dos prelados atraviesan la escena y se sientan en los sillones del gran ventanal.)

Rancini Malatesta, queda tú. En lo que hemos de tratar, tal vez pueda sernos útil tu consejo.

Malat. ¿Me permite monseñor una pregunta?

Rancini Habla.

Malat. ¿Va a ser muy largo el concilio? Porque desde la colación matutina apenas entró nada caliente en mi cuerpo, tales fueron mis ocupaciones, y es en estos instantes mi estómago un acordeón.

Rancini *(Con sorna.)* Como músico, debes alegrarte; así dominas un instrumento más.

Malat. *(Irónico.)* ¡Tan donosa como todas las réplicas de monseñor!

Rancini Repito que te quedes; cuando se trata de alimentar el alma, el alimento del estómago es secundario.

Malat. (Qué bien se dice todo eso durante la diges-

tión.) Monseñor, a vuestras órdenes. (Se me comen la tortada.)

(Los prelados se sientan en los sillones que hay en el ventanal.)

Pandolfi Nos habéis dado un festín digno de vuestra magnificencia, y como además sois tan alegre, tan mundano...

Rancini Motéjame por ello la gente; pero yo soy así, príncipe de la Religión... pero a la moderna; defiendo el dogma con mi política desde el Vaticano, con mi palabra desde el púlpito y en la calle con mi espada.

Ferratta Dígalo si no el acierto y valor que demostrasteis dirigiendo las guerras pontificias.

Rancini Bueno, mis respetados compañeros; sin perder momento y muy sucintamente, voy a daros cuenta de mis trabajos para el logro de nuestros santos fines. Hasta el momento presente, todos los medios puestos en práctica para atraernos al cardenal Giovanni y sus partidarios, han sido inútiles.

Pandolfi ¿Y no se encontraría un medio para darles la batalla? Porque abandonar el campo es vergonzoso.

Rancini Uno hay, y, contando con vuestra aquiescencia, ya empecé a ponerlo en práctica.

Pandolfi Hablad.

Ferratta Decid.

Malat. (Pues sí que les hacía yo falta.) *(Hace señas cómicamente a Rancini, preguntando si se puede ir a comer; éste lo mira severamente, y Malatesta, resignado, se sienta.)*

Rancini La joven duquesa de Palmaroli, sobrina del cardenal Giovanni, es la dueña de la voluntad de su tío. La Duquesa, huérfana desde niña, educada en Francia muy a la moderna y mimada por su tío, es caprichosa, alegre, de una impetuosidad difícil de contener, y sobre todo posee una bella condición: delira por la música.

Malat. *(Fuerte.)* ¡Eso está muy bien!...

Prelados ¡Sissss!... *(Siseando imponen silencio a Malatesta; éste repite las señas de antes, y, como no le hacen caso, se sienta otra vez.)*

Rancini Hace varias noches asistí a un concierto en el palacio de los duques de Parma, y allí estaba ella; me la presentaron; yo esperaba oir

de sus labios palabras de cortesía nada más, cuando con gran interés y una franqueza que me dejó absorto me dijo: Monseñor, aunque no ignoro que sois del partido contrario a mi tío, no obsta para que la sobrina de vuestro enemigo os suplique que la permitáis oir a esa maravilla que guardáis en vuestro palacio, a ese divino cantor sobrino vuestro. Me precio de ser una buena dilettanti, de haber oído lo mejor de nuestra época, y si vuestra eminencia permite que yo sea la primera que en privado oiga la sublime voz de que se hace lenguas la Ciudad Eterna, podéis contar con mi agradecimiento y simpatía.

Pandolfi Me parece comprender vuestro plan. Pretendéis que Leonardo...

Rancini Mi amado sobrino, a más de su hermosa voz, posee un carácter tan dulce, es tan bondadoso, que ejerce en seguida una gran atracción sobre la persona que le escucha. Como él se empeñe se hará el dueño absoluto de la voluntad de la Duquesa, y por este medio conseguiremos todo. Esta noche es la señalada para la audición, y espero a la Duquesa de un momento a otro. Por eso os cité aquí; deseo que el momento tenga cierta solemnidad.

Ferratta ¿Y es posible que vuestro sobrino Leonardo haya cambiado tanto en tan poco tiempo?

Rancini Querido Ferratta; mi sobrino, que, como sabéis, eligió la carrera de las armas y a todos asombró con sus calaveradas y escándalos, es desde hace año y medio un modelo de virtudes. Le tocó Dios en el corazón, y arrepentido, dejó la espada por la música religiosa; ha formado una capilla; con ella quiere presentarse al nuevo Pontífice, y triunfará...

Malat. ¡Vaya si triunfará... es mucho cantor Leonardo! Perdonen vuestras eminencias que haya interrumpido... pero es tal el cariño que le tengo, que oyendo hablar de él no puedo contenerme. En sus andanzas militares yo le acompañaba en calidad de secretario, de hombre de confianza, y puedo asegurar que es bueno, noble, magnánimo y sobre todo valiente. ¿Que ha cometido grandes locuras

¡Quién en el mundo no las comete!... Pero es muy bueno... muy bueno; ha matado a tres nada más... pero es muy bueno. Su arrepentimiento es sincero, y yo por él bendigo mi suerte. Se presentará al nuevo Pontífice, logrará un gran triunfo y será director de la Capilla Sixtina...

Rancini ¡Bueno... bueno!...

Malat. Bueno... ¿Me puedo ir a?... *(Hace señas de comer.)*

Rancini No.

Pandolfi ¿Pero él está prevenido sobre la conducta que ha de seguir con la Duquesa?

Rancini A medias. Al principio se negó a que la Duquesa le oyera, diciéndome que había prometido en su conversión no cantar jamás para ninguna mujer.

Ferratta ¡Qué raro!

Rancini Con gran esfuerzo pude arrancarle la promesa de cantar. Ahora sólo falta que ponga toda su diplomacia en adueñarse de la voluntad de la Duquesa.

Pandolfi Lo mejor será hablarle antes, para concretar su actitud, no suceda que el remedio sea contraproducente.

Rancini Pronto nos convenceremos. Malatesta, llama a tu señor.

(Aparece Sebastiani.)

ESCENA II

DICHOS y SEBASTIANI. A poco, LEONARDO y CANTORES 1.º y 2.º

Rancini *(A Sebastiani.)* ¿Qué sucede, Sebastiani?

Sebast. Monseñor, vuestro sobrino pide licencia para hablaros.

Rancini *(A los prelados.)* Ya le tenemos aquí... Que pase... que pase.

Pandolfi Oportuno es el mancebo.

Música

(Al comenzar el número aparecen por la izquierda Leonardo y los Cantores.)

Leonardo ¡Monseñor!

Cantores ¡Monseñor!
Rancini Podéis pasar,
ilustres Prelados;
presento al cantor
que un nombre glorioso
sabrá conquistar.
Leonardo Me queréis cual padre amante,
monseñor,

y a mis méritos por eso
dais valor.
Pandolfi ¡Es muy modesto!
Ferratta ¡Habla con tino!
Los dos Es muy simpático
vuestro sobrino.
Rancini Puesto que están presentes
tus dos cantores,
entona aquella trova
que hace unas noches

cantaste aquí.

Leonardo Yo suplico, por favor,
no me obliguéis a cantarla,
monseñor.

Prelados Os queremos escuchar.

Rancini No nos niegues por modestia
tu cantar.

Leonardo Obedezco, monseñor;
oíd mi dulce trova
de amor.

Canción de barítono, otro y bajo.

Leonardo ¡Veneciana!

Cantores ¡Veneciana!

Leonardo De tus ventanas en los cristales
tiembla el rocío;
ya el sol envía luz a raudales,
calor de estío;
ya el gondolero por los canales
rema con brío.
Tu rostro ya, por fortuna,
bañado está por la luna,
y al fin ya pudieron ser
felices mis ojos viéndote
y adorándote.

Cantores Por esa luz oportuna
bendigo yo mi fortuna,
fulgar que ilumina el gran amor
que siente el trovador.
¡Oh, bella luna!

Leonardo Trovador
soy del amor,
del amor mío,
que al cantar
quiere triunfar
de tu desvío.
Dame las flores,
niña hechicera,
de tus amores.

Cantores ¡Veneciana!

Leonardo ¡Veneciana!

Hablado

(Terminado el número, aplauden los ***Prelados****, y con entusiasmo Malatesta.)*

Pandolfi
Ferratta } ¡Bravo... magnífico!

Rancini ¿Ha sido exagerada mi ponderación?

Malat. Yo estoy emocionado... ¿Os habré oído veces? Pues cada nueva audición me parece la primera.

Ferratta ¿Y sois vos quien le inició en la música?

Malat. Sí, monseñor, y a sus compañeros también, pero me aventajaron: yo soy el pasado, ellos son el porvenir.

Rancini Malatesta quiere a su señor como a un hijo, ¿verdad?

Malat. Sí, monseñor... siento debilidad...

Ferratta ¿Por Leonardo?

Malat. Sí, por Leonardo... y porque no he tomado nada desde medio día... ¿Si me permite, pues, vuestra eminencia que me retire?

Rancini *(Con voz hueca.)* Ve...

Malat. ¿Ve?... (He aquí un balido... que me ha valido comer tarta de Pissa.) *(Pasando junto a Sebastiani.)* Oye, Sebastiani, ¿queda algo de la tarta?

Sebast. Yo comí mi parte; en la cocina dan fin de la tarta de Pissa.

Malat. ¡Re... pisa!

Sebast. Voy corriendo. *(Mutis izquierda.)*

Leonardo *(Avanzando al centro, respetuoso y comedido.)* Yo, mi adorado tío, me atreví a molestar vuestra eminente atención, recordando que esta noche habría de dar una audición ante una respetable dama.

Rancini Sí, Leonardo, de respetable alcurnia: la duquesa de Palmaroli.

Leonardo En ese caso, y con vuestra venia, daré órdenes para que no se retiren los componentes de mi capilla. Cuando sea necesaria nuestra presencia, avisad. ¡Monseñores! *(Saluda y va a retirarse.)*

Rancini Querido sobrino, ¿me concedes unos momentos de atención?

Leonardo ¡Siempre vuestro siervo!
(Mutis Cantores izquierda, saludando.)

ESCENA III

RANCINI, PANDOLFI, FERRATTA y LEONARDO

Pandolfi Respetuoso es el doncel.

Ferratta ¡Un ángel!

(Pandolfi y Ferratta ocupan los sillones del ventanal, Rancini uno junto a la mesa y Leonardo en pie, en el centro de la escena.)

Rancini Prepárate a contestar, Leonardo, con tu acostumbrada sinceridad a mis preguntas, y ten presente que el interrogatorio es de sumo interés para estos santos varones, para mí y sobre todo para la Religión, cuya defensa nos fué encomendada. Toma asiento.

Leonardo Ante tan venerables representantes de Dios, yo no puedo permanecer más que en pie o de rodillas.

Pandolfi ¡Qué bueno!

Ferratta ¡Es un santito!

Rancini Vamos a ver. ¿Estás bien preparado para cantar delante de las damas que han de venir esta noche?

Leonardo Monseñor, percatado de vuestro interés, pondré mi alma entera en mi canto, y bien sabe Dios que sólo por vos puedo hacer tal sacrificio, porque solemnemente prometí no cantar para mujer alguna.

Pandolfi ¡Extraña promesa!

Ferratta ¿Y a qué fué debida?

Leonardo Monseñor, no me torturéis haciendo que vuelvan a mí recuerdos de una vida que me abochorna.

Pandolfi Si el arrepentimiento es sincero, debe prestar fuerzas para hablar del pecado, sin miedo a las tentaciones. Contad, pues, el origen de vuestra extraña promesa.

Leonardo Sea. Ya sabrán vuestras eminencias, por mi tío, que muy joven, niño aún, equivocando mis verdaderas aficiones, me dediqué a las armas: fuí militar. A la pequeña ciudad que yo con mi tercio guarnecía, llegó inopinadamente la princesa Carlota, presunta heredera del Trono de Italia. Se dió una fiesta en honor suyo y a ella fuimos invitados mis ofi-

ciales y yo. Asistí con mis compañeros, y en ella tropezaron mis ojos con una mujer... ¡qué mujer!...

Rancini ¿Bella?

Leonardo Como un sol... distinguida, elegante, angelical; sus negros ojos acariciadores prometían tesoros de amor...

Rancini ¡Sobrino!...

Leonardo Su cuerpo flexible y ligero...

Pandolfi ¡Leonardo!...

Leonardo *(Muy excitado.)* Adoptaba ideales figuras al danzar; en su bella persona se fundían el cuerpo de Frine y el rostro de Fornarina...

Rancini ¡Basta, Leonardo!

Pandolfi Calma, doncel.

Ferratta Os exaltáis...

Leonardo ¡Perdón!... ¡Desgraciado de mí!... Me torturo; por eso no quería hablar.

Pandolfi Sed fuerte; continuad.

Leonardo Engreído yo con mis éxitos de conquistador de mujeres fáciles, cometí la insensatez de hacer con mis compañeros una apuesta. Yo aseguraba que aquella noche, al oir mi serenata, conseguiría que la dama asomase a su balcón, que yo treparía hasta él y estamparía en su boca un beso. Aquella noche se consumó mi hazaña; gané mi apuesta, pero quedando convencido de que un amor inmenso y puro llenaba mi alma. Me enamoré como un loco. Despechados mis compañeros por mi triunfo, cimentaron el escándalo contando lo sucedido, y a la noche siguiente, cuando al son de mi laúd cantaba mis amores, se abrió su balcón y una mano misteriosa dejó caer un papel que decía: «Para levantar los ojos hasta una mujer como yo, es preciso tener el corazón tan limpio como la conciencia. Adiós para siempre.» Al lucir el sol mi espada atravesaba el pecho de uno de mis delatores; me prendieron, y mi castigo hubiera sido ejemplar de no interponerse mi tío, que librándome de justicieras garras me recluyó en su palacio. Horrorizado de mi vida y arrepentido, dediqué mis dotes de cantor al servicio de la Iglesia, jurando al tomar mi resolución no volver a cantar para ninguna mujer y solamente elevar mi voz a Dios.

Ferratta ¡Pobre joven!

Rancini Mis oraciones atraerán sobre ti la bondad divina.

Leonardo Tío, mi agradecimiento hacia vos es tan inmenso...

Rancini La Providencia te proporciona ahora ocasión para demostrármelo.

Leonardo ¿Cómo?

Rancini Cantando esta noche delante de la duquesa de Palmaroli.

Leonardo Tío...

Rancini Es una prueba a la que has de someter tu voluntad.

Leonardo Cantaré. ¿Supongo que la Duquesa será persona respetable, metida en años?...

Pandolfi ¿Y por qué esa suposición?

Leonardo Como nuestra aristocrática juventud no se hace notar por su educación musical...

Rancini Pues te equivocas, Leonardo; es joven y bella.

ESCENA IV

DICHOS y SEBASTIANI. A poco, con música, ELENA, LA CONDESA DE SORRENTO, EL MAYORDOMO y CRIADO 1.º

Sebast. *(Entrando.)* Perdonad, monseñor.

Rancini ¿Qué ocurre?

Sebast. En este momento acaba de apearse de su carroza, en el gran patio, la señora duquesa de Palmaroli.

(Ataca la orquesta.)

Rancini Conducidla a nuestra presencia. Leonardo, retírate; ya te avisaré; prevenlo todo para la audición.

Leonardo Descuidad. *(Mutis segunda izquierda.)*

Música

(Los Prelados abandonan sus asientos. Sebastiani y el Criado descorren los tapices de la puerta y entra el Mayordomo de la Casa Palmaroli.)

Mayord. Mi señora la joven Duquesa
y su tía la noble Condesa,

licencia piden
para penetrar.

Rancini Pueden pasar.

(El Mayordomo sube al foro y hace seña de que pasen. Entra la Duquesa, que en el centro de la escena hace una graciosa reverencia; su tía, la Condesa, entra, quedando en

el foro, desde donde también saluda con una inclinación.)

Elena Dios os guarde, monseñor.

Rancini Acudiendo a mi palacio
me habéis hecho un gran honor.

Elena Al reservarme las primicias
del enjaulado ruiseñor,
mi corazón llenáis de albricias,
¡oh, venerable monseñor!
Por la música deliro,
mi querido Cardenal.

y a los cantantes admiro,
que es muy hermoso cantar
Le vi,
le di
mi amor
envuelto en una flor
que amante le ofrecí;
le amé,
su pasión me juró,
y yo le creí.
Mas él,
cruel,
traidor,
pisoteó la flor
de mi cariño fiel,
y la flor, marchita ya
ha perdido su color,
y en su tallo morirá
de amor.

Pero no podré olvidar
dulces horas de placeres
que el traidor me supo dar.

Tengo por perder su amor,
clavaditos en mi pecho
los puñales del dolor.

Y como le adoraba,
la flor no le olvidaba,
y él por fin volvió,
la suplicó,
y la flor ofendida
así exclamó:
piedad
no he de
sentir;
y él dijo: por tu amor
me habrás de perdonar
feliz;
me besó
con ardor,
y hoy dos almas
viven juntas
de la misma flor.

Hablado

Rancini Admirable, gentil Duquesa.

Ferratta Vuestro canto daría envidia a los serafines.

Condesa *(Muy redicha.)* Suplico a tan santos varones que no fomenten con exageradas alabanzas las aficiones musicales de mi noble sobrina. Ella en todo ve música: las palabras de nuestros colonos, cuando la traen flores de los huertos... ¡música!... Las sabias pláticas de su tío el anciano Cardenal... ¡música!... Si yo la riño, dice que no la vaya con músicas...

Elena Mi noble tía: sermoneando a monseñor perdéis lastimosamente el tiempo, porque es tan aficionado como yo; pasemos, pues, al objeto principal de nuestra visita. Os participo, monseñor, que estoy muerta de impaciencia por conocer y admirar a ese maravilloso cantante; la Ciudad Eterna se hace lenguas de él... ¿Pero dónde está?... ¿Por qué no le ordenáis venir?... ¿Es que os habéis arrepentido de vuestra condescendencia?... ¿No queréis que le oiga cantar?

Condesa ¡Reportaos, Duquesa!

Rancini Es encantadora vuestra vehemencia.

Elena Os advierto, querido Cardenal, que ya tiene que valer mucho vuestro sobrino para causarme sensación.

Rancini Pronto saldréis de dudas, Duquesa. Sebastiani, haced que venga mi sobrino Leonardo y sus compañeros.

(Mutis Sebastiani segunda izquierda.)

Elena ¡Leonardo!... Precioso nombre.

Pandolfi ¡Cantor sublime!

Ferratta ¡Maravilloso!

Condesa ¿Es joven?

Rancini No cumplió los veinticinco.

ESCENA V

DICHOS, MALATESTA, LEONARDO, CANTORES 1.° y 2.°, OTRO TENOR, OTRO BAJO y cuatro NIÑOS INFANTILLOS

Malat. *(Entrando seguido de todos; el último, Leonardo.)* Monseñor, aguardamos vuestras órdenes.

Rancini Disponlo todo para la audición. Duquesa, voy a presentaros a mi sobrino.
(La Duquesa, que estaba con los Prelados y su tía junto al ventanal, avanza al centro.)

Elena Lo deseo ardientemente.

Rancini *(A Leonardo, que, distraído, se encuentra en la izquierda.)* Leonardo, avanza.

Leonardo *(Avanza con la vista en el suelo y su aire tímido.)* Monseñor...

Rancini Te presento a la ilustre dama para quien has de cantar esta noche, a la muy noble duquesa de Pálmaroli.

Leonardo *(Levantando la vista.)* ¡Señora!... (¡Ella!) *(Queda petrificado.)*

Elena *(Sin reconocerlo.)* Inmenso es mi placer por conoceros, y segura estoy que se acrecentará cuando cantéis.

Leonardo Señora... yo... *(Se retira a la derecha.)*

Condesa ¡Qué tímido!

Elena ¡Qué simpático!

Rancini *(Señalando sillones junto a la mesa.)* Nobles damas, ocupad estos sillones.

Leonardo *(A Malatesta, loco de contento.)* ¡Es ella... es ella, Malatesta!

Malat. ¿Quién?

Leonardo La mujer adorada por quien enloquecí... la causante de mis penas... ¡Ah, por fin la vuelvo a ver!

Malat. ¡Ay.. ay... ay!... ¡La hemos hecho buena; se acabó la tranquilidad!
(Durante todo esto se colocan las Damas y los Prelados juntos a la mesa, y los Cantores e Infantillos junto al ventanal.)

Leonardo *(Accionando mucho.)* ¡Mira qué cara de cielo... es ella... es ella!...

Malat. ¿Pero os ha reconocido?

Leonardo Después de tanto tiempo, con este traje y la cara afeitada, ¿cómo ha de reconocerme?

Malat. Pero no os agitéis tanto... que lo van a notar, y sobre todo no cometáis alguna imprudencia.

Leonardo ¡Ah... sería mía... la adoro con más fuerza que antes!

Malat. *(Viendo que se acerca Rancini.)* ¡Señor... señor!...

Rancini Querido Leonardo, cuando gustes.

Leonardo *(Pasando al centro, muy nervioso y con galantería extremada.)* Yo siempre a las órdenes de monseñor y de las angelicales damas que alegran esta mansión con su presencia...

Condesa ¡Es encantador!... *(A Elena.)* ¿Ha dicho angelicales? *(Elena afirma.)* ¡Ha dicho angelicales!

Elena Sois galante.

Leonardo Soy justiciero y el primer admirador de vuestra excelsa belleza.

Rancini *(A Pandolfi.)* ¡Caramba, no conozco a mi sobrino!

Ferratta *(A Malatesta.)* ¡Se va soltando... se va soltando!...

Malat. *(Aparte.)* Sí, échale un galgo.

Ferratta ¿Cómo?

Malat. Que sí... que ya está suelto del todo. *(A Leonardo.)* Señor... *(No hace caso.)* Señor, todo está preparado.

Leonardo *(Cogiendo a Malatesta y bajando al proscenio.)* Malatesta... tú que me iniciaste en el divino arte de la Música, fíjate cómo voy a cantar esta noche para que me oiga la dueña de mi corazón. *(Sube a colocarse entre los cuatro Infantillos dentro del recinto del ventanal; los demás Cantores, en el tabladillo y junto a él.)*

Malat. ¡San Benvenutto, que no haga ninguna tontería!

(Sebastiani se lleva el candelabro que habrá encima de la mesa y entra luz de luna por el ventanal de la derecha.)

Yo suplico que el auditorio guarde el mayor recogimiento.

Leonardo Atención, Duquesa; voy a daros a conocer mi mejor composición: «El canto del Peregrino».

Música

(El autor recomienda a la Dirección que en este momento cuide mucho la colocación de los personajes para la mejor composición del cuadro.)

C. e inf. ¡Peregrino... peregrino!
Si tu cuerpo está cansado
tu fervor te hará triunfar;
recuerda que es tu destino
para limpiar tu pecado
¡caminar... caminar!

Leonardo Si la fe me guía
de un amor divino,
ni noche ni día
quiero descansar,
porque es mi destino
siempre caminar.

Coro ¡Caminar!

Infant. Un pobre penitente
pide consuelo
y humilla a ti su frente,
Señor del Cielo.

Leonardo Perdóname, Señor,
que si he pecado
fué por amor.

Infant. ¡Amor!

Leonardo ¡Amor!...
(Enardecido y con música de su trova.)
Porque mi amor
eres tú,
que al fin mis ojos
ya te encontraron
y cegaron
con el fuego de tu luz.
(Recitado sobre la música.)

Elena ¿Cómo?... Esa música...

Rancini ¿Qué es esto?

Condesa Parece que se pone enfermo.

Leonardo *(Vacilando.)* ¡Ay!

Rancini *(Cogiéndolo.)* ¡Hijo mío!...

Elena ¡Leonardo!... *(Todos le rodean.)*

Malat. *(En la derecha y aparte.)* ¡San Benvenutto... no me has hecho caso!

Ferratta Que acuda un médico.

Sebast. En seguida, monseñor. *(Mutis foro.)*

Rancini Retiraos todos. *(Los Cantores e Infantillos, mutis segunda izquierda.)* Sentémosle en este sillón. *(Lo hacen, colocándolo en el centro de la escena.)*

Leonardo *(Una vez sentado y viendo muy cerca a Elena.)* ¡Ay! *(Colapso.)*

Elena ¿Qué os pasa, Leonardo?

Leonardo No... nada; ya, nada. *(La coge una mano.)*

Condesa La fatiga... pobre joven.

Malat. ¡Y la poca vergüenza... claro!

Elena Siento haber sido la causa indirecta de vuestra indisposición.

Leonardo *(Con pasión.)* ¡Para vos cantaría hasta exhalar el último aliento!...

Elena ¿Sí?...

Leonardo *(Viéndose perdido.)* ¡Ay! *(Nuevo desmayo.)*

Rancini ¿Qué pasa?

Malat. *(Con intención.)* ¡Que se pone peor!

Condesa Debemos retirarnos. *(A Elena.)*

Elena *(Con pena.)* Sí, vamos. *(Saludando a Rancini.)* Monseñor.

Rancini Duquesa, siento en el alma...

Elena Quedad tranquilo, Cardenal, y contad con mi agradecimiento.

Condesa Enviadnos mañana noticias del enfermo.

Elena Y cuidadlo mucho, es un tesoro.

Leonardo *(En el sillón y con él Malatesta.)* Se va... déjame verla... se va...

Malat. ¡Señor!...

Rancini *(Desde el grupo que formaron junto a la puerta del foro.)* ¿Qué es ello?

Malat. Que delira... que delira...

Leonardo (¡Por ella!)

Condesa ¡Pobrecito! ¿Vamos?

Elena *(Después de mirar intensamente al grupo que forman Leonardo y Malatesta, hace mutis foro, seguida de la Condesa, los Prelados y el Mayordomo, que levanta el tapiz.)* ¡Vamos!

ESCENA ULTIMA

LEONARDO, MALATESTA y los tres PRELADOS

Leonardo ¡Ay!

Malat. Señor... ¿Pero ya empezamos otra vez?

Leonardo *(Haciéndose el enfermo.)* Pero si esto...

Malat. ¡Esto es lo mismo que hicisteis con la posadera de Florencia!

Leonardo *(Levantándose de un salto.)* Calla, estúpido... ¡Es ella, mi amor; y más hermosa que nunca! ¡Ah, la conquistaré... será mía, y si alguien se opone, lo mato!...

Malat. Señor... *(Viendo al Cardenal.)* Señor...

Rancini ¿Qué pasa? *(Leonardo se sienta rápido.)*

Malat. *(Haciendo que reza.)* ¡Señor, envíale tu divina gracia!...

Rancini *(Afligido y arrodillándose a la derecha del sillón.)* No te aflijas tanto, fiel servidor... esto no será grave. *(Los dos inclinan la cabeza en los brazos del sillón.)*

Leonardo ¡Ay!...

Rancini *(Levantando la cabeza.)* ¿Qué pasa?

Malat. ¡Que lo veo muy mal!

(Se inclinan de nuevo. Se oyen en este momento las voces de los Infantillos por la izquierda y la de Elena por la derecha, como si entrara por el ventanal.)

Coro
Un pobre penitente
pide consuelo,
y humilla a ti su frente,
Señor del Cielo.

Elena
¡Perdonadlo, Señor,
que si ha pecado
fué por amor!

Leonardo *(Volviendo la cara al ventanal.)* ¿Es?

Rancini *(Levantando la cabeza.)* ¿Qué pasa?

Leonardo *(Desmayándose.)* ... ¡Ay!...

Malat. *(A Rancini.)* ¡Que esto lo veo muy mal... muy mal!

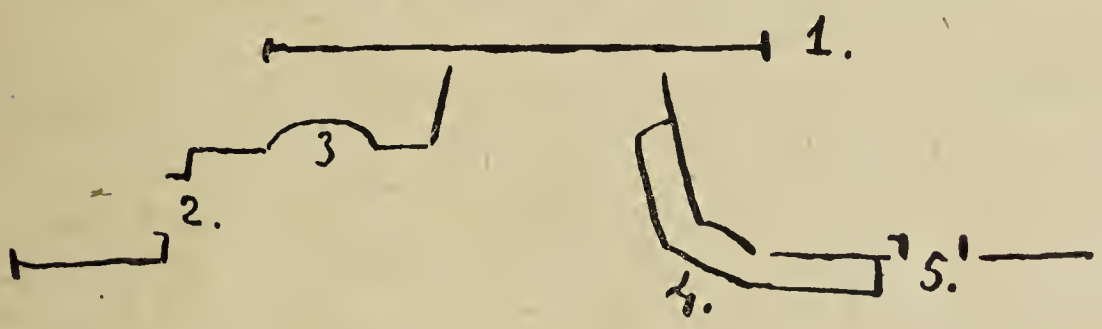
(Rancini y Malatesta bajan de nuevo la cabeza. Leonardo hace esfuerzos por mirar al ventanal, y Pandolfi y Ferratta rezan arrodillados, de espaldas al público, en el rincón izquierda.)—Telón lento.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

CROQUIS DE LA DECORACION



1. Telón de foro.
2. Puerta practicable, entrada de una casa de humilde apariencia.
3. Hueco de forma cónica, donde está colocada la escultura de San Benvenutto. En la parte interior derecha del hueco habrá una aletilla que permita el paso de una persona. Encima del hueco habrá una varilla de hierro con una cortina morada, que cubre todo el hueco y juega a tiempo. Debajo de este hueco habrá un banco de piedra que, con un escalón que habrá en la parte baja y sobresale de la pared, permite ascender hasta el Santo.
4. Gran balcón de invierno que circunda la fachada; debajo lleva una gran ventana, con reja, que permite trepar hasta el balcón.
5. Puerta de servicio del palacio de la Duquesa. (Practicable.)

La escena representa una encrucijada de calles de Roma, donde precisamente está enclavado el palacio de la duquesa de Palmaroli. Esta decoración es a dos términos, para poder tener preparado detrás parte del decorado para el cuadro segundo.

Al levantarse el telón la orquesta describe un nocturno, cada vez más piano; se pierde del todo poco a poco, después de la salida del Sacristán. La calle está en completa obscuridad, y sólo brilla la luz de un farolillo que alumbra el rostro de San Benvenutto. Esta escultura, en madera, vestirá hábito de fraile, con capucha calada. De su rostro se destacan los ojos, que miran al cielo; en la mano izquierda, que estará a la altura del estómago, lleva un libro cerrado, y el brazo derecho, tendido horizontalmente, señala con el dedo índice, como diciendo: Aquel es el camino que conduce a la Gloria.

ESCENA PRIMERA

CRISTOFANO y EL SACRISTAN; a poco, PAOLO y SERVIDORES armados de la Casa Palmaroli.

Cristóf. *(Sale por la primera izquierda, se dirige donde está San Benvenutto, se arrodilla y reza.)* San Benvenutto, ya me tienes aquí otra vez. Esta noche termina el plazo; yo te suplico, santo Patrón, que cumplas tu promesa. *(Reza.)*

Sacristán *(Saliendo foro izquierda.)* Dios te guarde, Cristófano.

Cristóf. El sea con vos, señor Sacristán.

Sacristán ¡Vamos, esta noche no han apagado el farolito ni han corrido la cortina! ¡Como yo pesque al bromista! ¡Sacrílegos... quitarle la luz a un santo tan milagroso!

Cristóf. ¿Milagroso?... Pues lo que es a mí...

Sacristán No lo dudes, Cristófano; como le pidas algo con fervor, acabará por concedértelo.

Cristóf. ¡Con fervor!... Con el alma entera y no me hace caso. Como sabéis, yo vivo de la caza de pájaros...

Sacristán Sí, ya sé que todas las noches llenas de liga los árboles de esa plaza grande. *(Señala por primera derecha.)*

Cristóf. Hasta hace quince días el negocio iba bien, pero ahora no cae ni un mal jilguero; seis noches consecutivas le estoy pidiendo al santo que haga el milagro, que no queden mis hijos sin sustento, que se compadezca de mí... y... ni un gorrión; pero esta noche es la última; como no haya caza... ¿veis esto? *(Le enseña un papel lleno de liga.)*

Sacristán Sí.

Cristóf. Es la liga que he de poner para mañana; pues no la pongo y me dedico a otra cosa... y a San Benvenutto no le vuelvo a mirar a la cara por informal.

Sacristán ¡Hombre, informal!...

Cristóf. Hace unas noches me prometió con sus ojos hacer el milagro... yo lo vi... yo lo vi... Esa mirada que dirige al cielo, la posó en mi persona y hasta parecía señalarme la plaza como diciendo ve... ve.... Fuí corriendo, y al llegar, ¡nada!... *(Llora.)* Y no será por la liga, que es tan fuerte, que lo que se pega con esto es muy difícil despegarlo.

Sacristán No te aflijas; quién sabe si esta noche... Vaya, me vuelvo a la iglesia; luego daré otra vuelta, no sea que me apaguen el farol; ¡como yo coja al bromista! *(Mutis foro izquierda.)*

Cristóf. ¡Si supiera que el de la cortina soy yo... pero es una promesa! *(Se arrodilla.)* Ya lo sabes, santo mío; esta noche se consolidan o se rompen nuestras amistades... Te correré la cortina para que estés más al abrigo de las irreverencias de los trasnochadores. *(Lo hace y marca mutis por primera derecha.)* ¡Me da el corazón que esta noche se cumple el milagro... pero como no sea así... te acordarás de mí, San Benvenutto!

(Mutis. A poco salen por primera izquierda, Leonardo en traje de caballero, embozado en la capa y en la mano la espada; le sigue Malatesta, igualmente ataviado; hablan rápidamente.)

Leonardo Ven por aquí, no nos han visto; la ronda da la vuelta por la iglesia... ¿Y los nuestros?

Malat. Dentro de la casa.

Leonardo *(Abriendo la puerta de la casa humilde.)* Vamos.

Malat. Vamos. *(Fijándose en el Santo.)* ¡Vamos, ya han encendido el farolito!

Leonardo ¿Por qué te detienes?

Malat. Voy a apagar el farol, es un estorbo... pueden verme, y esta noche espero la visita de vuestro tío. *(Sube por el banco al escalón y apaga el farol.)*

Leonardo Pues como venga, yo te juro que no le quedarán ganas de meterse en mis asuntos.

Malat. ¡Se oyen pasos!
Leonardo Adentro.
(Mutis los dos por la casa.)

Música

(A poco de empezar el número empiezan a verse en el foro las luces de las linternas de

mano que llevan los servidores armados de la Casa Palmaroli, a cuyo frente va Paolo. Al frente de la orquesta evolucionan y bajan en ala hasta la batería.)

Todos Corazón
y decisión
para apresar al vil
cantor quimérico,
que intentará
hacer demostraciones

de sus méritos,
y con tesón
habrá de defenderse
porque es bélico,
y es mi intención
obrar con precaución.

Mayord. Será nuestra gloria
apresar al tuno
y dejar memoria
de tan grande acción.

Coro Quedad descuidado,
señor Mayordomo,
que será apresado
y sin remisión.

Criados La Duquesa nos ordena vigilar
y sus órdenes tenemos que cumplir,
y si es preciso matar,
y si es preciso morir.
Hay que luchar
con gran valor
para apresar
al trovador
que nos tiene sin comer,
que nos tiene sin dormir,
y que nos hace correr
cuando le vemos venir.

Unos Acechad por este lado.

Otros Acechemos por el otro.

Todos Si no estoy equivocado
se perciben unos pasos
fuertecitos por aquí...

Unos Yo los oigo por aquí.

Mayord. Fieles servidores,
vuestra ley es esa,
morid defendiendo
a la gran Duquesa.

Coro Cumpliremos todos
con nuestra misión.

Mayord. Luchad con tesón,
que esta es la ocasión.

Todos ¡Qué satisfacción!
(Hacen mutis por foro izquierda.)

Todos La Duquesa nos ordena vigilar,
cumpliremos todos con nuestro deber,
para morir o matar,
para luchar y vencer
o para echar a correr.

ESCENA II

RANCINI y SEBASTIANI; ambos van con sombrero calado hasta las cejas, embozados y con la espada en la mano. A poco, SACRISTAN

Hablado

Rancini Este debe ser el sitio, Sebastiani.

Sebast. Seguramente, monseñor.

Rancini Es preciso apoderarnos de ese hombre. Me he jurado salir de dudas esta noche y demostrar a la Duquesa que su creencia es falsa.

Sebast. Pero si se enteran en Roma, si os viera alguien.

Rancini Poco me importa, con tal de conseguir mi objeto.

Sacristán *(Saliendo por foro izquierda.)* ¡Válgame San Benvenutto, el farol apagado y la cortina corrida; esto es cosa de brujas!

Rancini ¿Eh... quién va?

Sebast. ¡Si das un paso, te atravieso!

Sacristán ¡Por San Pedro, Patrón de todo buen romano... no me hagáis nada, que soy gente de paz!

Sebast. ¿Qué buscáis a estas horas?

Sacristán Soy el sacristán de la vecina iglesia de San Giacomo y cuidador de este Santo; algún descreído se entretiene en apagar el farol y correr la cortina. Como es la única luz que hay en esta encrucijada, el señor párroco quiere que siempre esté encendida.

Sebast. Pues cumplid con vuestra misión y retiraos.

Sacristán Con vuestra venia, y perdonad.

(Rancini y Sebastiani pasan a la esquina que forma el palacio, y mientras su diálogo, el Sacristán sube al banco de piedra, descorre la cortina, hace funcionar eslabón y yesca, encendiendo una larga y delgada velita, con la que enciende el farol del Santo. El público, atento a los otros personajes, seguramente no se dará cuenta de que la escultura ha desaparecido y en su lugar está Malatesta, en la misma postura y vestido y caracterizado igual que el Santo. Hay que cuidar que la postura y gesto sean iguales, para lograr el efecto.)

Sebast. ¿De modo que vuestra eminencia está seguro?...

Rancini Yo no sé qué creer. La Duquesa asegura que un hombre, con voz idéntica a la de Leonardo, ronda su palacio y la canta trovas; que una noche mandó a sus criados armados para que escarmentaran al atrevido, y que el misterioso coplero y los que le acompañaban arremetieron contra la servidumbre, poniéndola en fuga.

(Mutis Sacristán. Rancini y Sebastiani, sin dejar de hablar, se ponen junto al Santo.)

Sebast. Pero monseñor está seguro de que su sobrino no sale del palacio por las noches.

Rancini Segurísimo. Leonardo, a consecuencia del ataque que sufrió en presencia de la Duquesa, no sale de sus habitaciones, y su médico

ordenó que nadie le molestara, que se le dejara dormir cuanto quisiera. Yo mismo anoche entré en el dormitorio de mi sobrino, y aunque el doctor no me permitió acercarme al lecho, vi a Leonardo que dormía completamente tapado; pero su brazo derecho, caído, me mostraba en uno de los dedos de la mano la sortija con el escudo de la Casa Rancini, que ha poco le regalé. No hay duda, mi sobrino es inocente, y por eso quiero a toda costa descubrir quién es el que ronda a la Duquesa, para luego desmentirla y dar esta satisfacción al recato de mi sobrino. La Duquesa es vanidosa y cree que todo el mundo se enamora de ella... pero Leonardo es un santo.

Sebast. Entonces lo mejor es hacer mi plan; tengo llave de aquella casa, *(Señalando por primera derecha.)* que dista cien pasos; nos escondemos, y si vienen a cantar, caemos de improviso.

Rancini Vamos; esta noche verás hasta dónde llega el cardenal Rancini.

Sebast. Jamás lo puse en duda, monseñor.

Rancini Guía. *(Mutis los dos primera derecha.)*

ESCENA III

MALATESTA, LEONARDO, ANGELO y CRISTOFANO

(Queda la escena sola, y a poco se ve a San Benvenutto que abandona su postura y poniéndose en jarras se encara con el público.)

Malat. ¡Bueno, esta noche me descanonizan a palos! *(Baja pausadamente por el banco y adelanta al proscenio.)* Diez años hace que soporto a un Cardenal, y cuidado que a mí me molestan los cardenales; pero a partir de esta noche me van a molestar mucho más.

Música

Cuplés de San Benvenutto.

Malat. Esto es la consecuencia
de ser astuto;
ya soy una semana

San Benvenutto,
y es un espanto,
sin tener condiciones
hacer de santo. *(Baila.)*

Estribillo.

Esta noche, sin razón,
me darán un palizón
que me rompen la canoniza-ción.

Una vieja beata
vino a rezarme,
y acabó la muy bruja
por insultarme;
decirles debo,
que cansada la mano,
cambié de dedo. *(Baila.)*

Cuplés para repetir, al final de la obra.

Hablado

Malat. Bueno; se necesita la paciencia mía, que en este casa es la paciencia de un santo, para soportar las locuras de mi niño Leonardo... ¡mi niño!... ¡ay, qué niño! Ocho meses me tiene sin dormir y en una posturita... *(Se coloca.)* ¡Véase la clase! Esta postura tiene una ventaja, y es que yo no duermo, pero el brazo... ¡el brazo echa cada sueño!... Lo tenyo ya insensible. Menos mal que esta noche no ha venido el pajarero... ¡Sapristi, qué hombre más pesado! Lleva cinco noches en que ora... media hora, luego me enseña la liga y se va. Vuelve pasada una hora, y ya no ora, por el contrario, me insulta y me dice unas cosas que... bueno, si llego a ser San Benvenutto de verdad, le doy un librazo que se quedan sin lomos el pajarero y el libro. Bien; pues todo esto son menudencias al lado de lo que va a ocurrir esta noche. ¿Ustedes conocerán esos frailecitos que señalan los cambios atmosféricos? Pues figúrense que yo soy uno de ellos, que llevo aquí el aparato, *(Señala la espalda.)* y díganme si mi

obligada postura no es simbólica. *(Se coloca.)* Brazo extendido horizontalmente, capucha calada, ¿qué anuncia esto? Tormenta próxima y lluvia... Una lluvia de palos que van a dejar el aparato inservible. Yo creo que esta noche se debe suspender la serenata por... *(Acción de pegar.)* por mal tiempo. Avisaremos al niño. *(Señal a gusto del actor.)*

Leonardo *(Saliendo a poco de oír la señal de su criado.)* Aquí me tienes. ¿Qué ocurre, Malatesta?

Malat. Lo peor de todo. Como yo suponía por la orden que en casa oí dar al Cardenal, éste, acompañado de Sebastiani, y armados ambos hasta los dientes, están ocultos en una casa cercana y dispuestos a capturar al misterioso trovador; por otro lado va la ronda de la Duquesa, reforzada esta noche con tres hombres. Yo creo que debemos suspender los cánticos y marcharnos a dormir.

Leonardo Nunca... ¡Voto a San!...

Malat. A San Benvenutto, decidlo; yo no me ofendo.

Leonardo Creería la Duquesa que su rondador era un cobarde. Nunca, Malatesta.

Malat. *(Aparte.)* ¡Para mala testa, la tuya! *(Alto.)* Pero pensad en las consecuencias si vuestro tío logra atraparos.

Leonardo No me cogerá. Tú vigila... mi plan está trazado.

Malat. Pero niño...

Leonardo ¡Obedece! *(Malatesta mutis por primera derecha. Leonardo abre la puerta de la casa.)* Angelo... Angelo...

Angelo *(Saliendo.)* Señor.

Leonardo Ve al encuentro de la ronda de la Duquesa y diles que esta noche, al terminar la serenata, que ataquen sin miedo, que únicamente somos dos; finge que nos traicionas.

Angelo *(Haciendo mutis foro.)* Comprendido.

Malat. *(Sale corriendo cómicamente.)* Ya viene... ya viene.

Leonardo ¿El Cardenal?

Malat. No, el pajarero, corred. *(Mutis Leonardo por la casa.)* Y yo a mi sitio. *(Sube y se coloca.)* ¿Qué me dirá esta noche?... ¡San Benvenutto el de plantilla, dame paciencia!

Cristóf. *(Sale despacio, y después de una pausa.)*

¿Ya te han quitado la luz?... ¡La cabeza te debían quitar, con capucha y todo!

Malat. (¡Qué bestia!)

Cristóf. ¡Tan grande es mi indignación, que no quiero decirte nada: te desprecio!

Malat. (Vaya, menos mal.)

Cristóf. Pero quiero despedirme de ti para siempre como te mereces. *(Comienza a subir por el banco de piedra.)*

Malat. (Me querrá dar la mano. ¡Qué fino!... ¡Ay, que sube... que sube!)

Cristóf. *(Ya en el escalón de la pared, muy cerca de Malatesta.)* Burlarse de la desgracia y faltar a sus promesas, en un Santo eso no pega... ¡pero esto sí que pega! *(Da una bofetada a Malatesta, dejándole pegado en la cara el papel con la liga.)*

Malat. ¡Y esto también! *(La bofetada se oye en el Vaticano. Cristófano cae rodando y de miedo no puede levantarse.)*

Cristóf. ¡Ay... San Benvenutto... es el santo! *(Se santigua.)*

Malat. *(Bajando.)* ¡Ahora verás, canalla!...

Cristóf. Perdón, santo inmortal... santo fuerte... fuerte.

Malat. ¿Fuerte?... Toma. *(Le da una patada.)*

Cristóf. ¡Ay... el Santo... el Santo!... *(Corre, perseguido por Malatesta.)*

Malat. Quítame este emplasto.

Cristóf. Perdón... por la Virgen.

Malat. Fíate de la Virgen y no corras...

Cristóf. ¡Ay... socorro... el Santo!...
(Mutis los dos por la primera izquierda.)

Malat. ¡Quítame este sinapismo!

ESCENA IV

Final del cuadro.

Música

(Ataca la orquesta una airosa marcha, y salen por la puerta de la casa, de la derecha, Leonardo y su ronda de guitarras, bandurrias y laúdes, más los cuatro Cantores del acto primero, que también visten de caballeros. Evolucionan, quedando en ala en la derecha.)

Cantores De la Italia soy soldado,
de mi Rey soy defensor;
noble sangre he derramado
por mi bandera y mi honor.

Leonardo Por estar enamorado
de una mujer hechicera,
hasta el recuerdo he borrado
de mi Patria y mi bandera.
Mas si en tus ojos
yo vislumbrara
sólo el destello
de una esperanza,
conquistaría
gloria y honores
para la dueña
de mis amores.

Cantores De la Italia soy soldado,
de mi Rey soy defensor;
noble sangre he derramado
por mi bandera y mi honor.

(Evolucionan, haciendo mutis por la puerta que salieron. Leonardo, sin dejar de evolucionar, coge el laúd de un compañero y con el suyo los deja en el suelo, apoyados en la pared del palacio de la Duquesa.)

Rancini *(Saliendo rápido, seguido de Sebastiani.)* ¡A ellos!

Sebast. ¡A ellos!...

Rancini *(Desde el centro de la escena.)* No están, han escapado.

Sebast. ¡Pero han dejado aquí los instrumentos!

Rancini Es verdad. ¡Cobardes! Esto demuestra lo precipitado de su fuga. *(En este momento aparecen en el foro Paolo y la ronda; dos de los Criados llevan unos paños, con los que a su tiempo cubren a Rancini y Malatesta.)* Los llevaremos por si tienen alguna inicial o señal que nos dé una pista.

Paolo ¡Ahora!
(Dos caen sobre Rancini y lo sujetan; mientras otro le cubre con el paño, otro le ata con una cuerda.)

Rancini ¡Ah!...

Sebast. *(Batiéndose en retirada y haciendo mutis corriendo por primera izquierda.)* ¡Brigantis... traición!

Rancini ¡Cobardes, soltadme!...

Paolo Ya es nuestro. *(Abre la puerta de servicio del palacio.)* Por aquí y a la cueva hasta nueva orden.

(Mutis dos Criados conduciendo a Rancini.)

Cristóf. *(Saliendo por el foro, perseguido por Malatesta.)* ¡El Santo... que me mata... el Santo!

Paolo *(Sujetando a Malatesta.)* ¡Eh... alto ahí!

Malat. Dejadme; ese hombre me ha pegado... quiero matarle.

(Cristófano cae de rodillas en primer término.)

Paolo ¡Quieto!

Cristóf. De rodillas todos... ¡es San Benvenutto!

Paolo Este hombre está loco.

Malat. ¡Dejadme que le atice!...

Paolo ¡Quieto, repito!

Malat. Re... pito, ¿pero quién sois vos?

Paolo El mayordomo de la duquesa de Palmaroli.

Malat. *(Turbado.)* ¿Eh?...

Paolo ¿Y ese papel? *(Refiriéndose al que lleva Malatesta pegado.)*

Malat. Ese bestia, que me ha puesto la liga en la cara.

Paolo ¿La liga en la cara? También está loco... esos hábitos... ¿Pero qué papel es éste?

Malat. Y dale, la liga. *(De un tirón se quita el papel.)*

Paolo Si digo el que hacéis vestido de fraile.

Cristóf. ¡Es el santo... de rodillas todos!

Paolo Vaya, están borrachos; nosotros ya hemos cumplido nuestra misión aprisionando al trovador.

Malat. ¿Cómo?

Paolo Podemos retirarnos. *(Van a hacer mutis.)*

Malat. *(Furioso.)* ¡Canallas, cobardes!... Habéis encerrado a mi niño... a mi señor, una gloria de Italia...

Paolo ¿Pero tú eres su criado? *(A los suyos.)* Sujetadle.

Cristóf. ¡Ah!... ¿No es San Benvenutto?... Toma. *(Da una bofetada a Malatesta y se le queda pegada la mano por la acción de la liga.)*

Malat. ¡Ay!...

Cristóf. ¡Sapristi! *(Hace esfuerzos para separar la mano.)*

Malat. Sujetarlo, que se me lleva la cara.

Paolo *(A los Criados.)* Coged ahí. *(Con gran esfuer-*

zo los separan.) Ahora, amarradme a este bribón y encerradlo en otra cueva, incomunicado de su señor... ¡Ya lo oís, en otra cueva! *(A Malatesta le ponen también un paño y lo atan.)*

Malat. *(Ya tapado.)* Sois unos canallas, unos bandidos... ¡Conozco el paño... conozco el paño!

Paolo Adentro con él. *(Volviéndose hacia Cristófano.)* Buen hombre, gracias a vos hemos cazado otro pájaro.

Cristóf. Yo hace ocho días que no cazo ninguno.

Paolo *(Dándole la mano.)* Dios os guarde.

Cristóf. *(Dándole la mano.)* Id con El. *(Se les pegan las manos.)*

Paolo ¿Qué es esto?

Cristóf. ¡Sapristi!

(De un tirón se despegan y hacen mutis, Paolo por la puerta del palacio y Cristófano por primera derecha. Queda la escena sola, se oyen las guitarras y laúdes y salen por la puerta de la casa de la derecha Leonardo y su rondalla, dan la vuelta a la escena y desaparecen por primera derecha, cantando, mientras Leonardo, que salió el último, se separa de sus compañeros y trepa por la reja del palacio hasta llegar al balcón.)

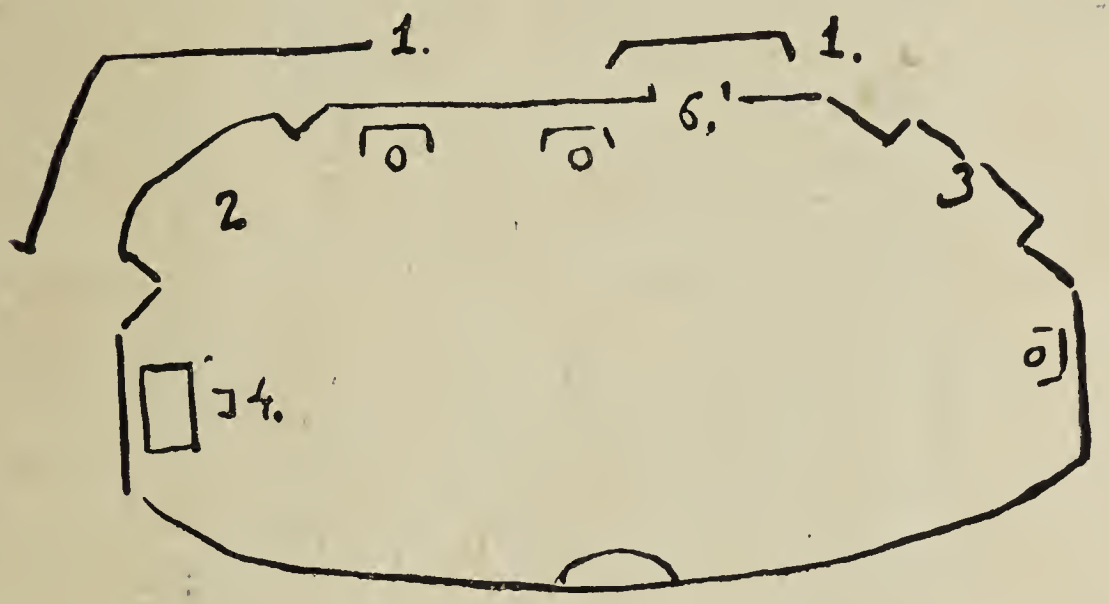
Cantores De la Italia soy soldado,
de mi Rey soy defensor;
noble sangre he derramado
por mi bandera y mi honor.

(Telón lento.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO E INTERMEDIO MUSICAL

CUADRO SEGUNDO

CROQUIS DEL DECORADO Y MUEBLES



1. Forillos.
2. Cristalería del balcón de invierno, practicable.
3. Puerta grande, con hojas que cierran.
4. Coqueta con espejo y utensilios de tocador.
6. Puerta de escape, practicable.
O. Sillones.

La escena representa un salón del palacio de la duquesa de Palmaroli. Lujosa y coquetonamente puesto, respetando el estilo de la época.

Coro dentro

Terminado el intermedio musical, se levanta el telón y aparece en escena ELENA, duquesa de Palmaroli; está sentada frente al mueble coqueta.

ESCENA PRIMERA

ELENA; a poco, la CONDESA; después, PAOLO y LEONARDO

Música

Dentro De la Italia soy soldado,
de mi Rey soy defensor.
Elena *(Recitado.)* Ya se alejan.
Dentro Noble sangre he derramado.
Elena Dios mío, ¿será él?...
Dentro Por mi bandera y mi honor.
Elena Esa trova despierta mis recuerdos... Si fuera él... si fuera él... ¡Qué alegría!

Al gentil desconocido
que mi pecho dejó herido,
ofendida quise odiarle,
pero no dejé de amarle.

Vuelve ya que te di mis amores,
vuelve y acabarán mis dolores,
vuelve, que soy camino de flores
que da la felicidad.
Sus canciones escuchaba
y el cariño recordaba
que fué triste flor de un día
y hoy me llena de alegría.

Vuelve ya que te di mis amores,
etc., etc.

Hablado

Condesa *(Entrando.)* Pero sobrina, vais a caer enferma; os pasáis las noches en vela por oir a ese maldito cancionero. Además, no es quien os figuráis.
Elena Es él, tía, es él.
Condesa Ni es Leonardo, el sobrino del Cardenal, ni es el capitán que os enamoró hace dos años.
Elena Es uno de los dos, y por la voz he llegado a creer que los dos son uno mismo.

Condesa Y aunque así fuera, ¿es que seríais capaz de amar a un calavera, a un hombre indigno de vos?

Elena ¡Mi amor le regeneraría!

Paolo *(Dentro.)* ¿Da su venia la señora Condesa? *(Elena se pone un abrigo.)*

Condesa Adelante, Paolo.

Paolo *(Entrando puerta izquierda.)* Señora, vues-

tras órdenes están cumplidas; en los sótanos tengo encerrados al trovador y a un criado suyo.

Condesa ¡Al fin logré mi objeto! *(A Elena.)* ¡Ahora os convenceréis de vuestra equivocación!

Elena ¿Pero se ha dejado vencer? ¡Ay, tía, entonces no es él... mi amado es invencible!

Condesa ¡Bah... romanticismos!

Paolo Espero vuestras órdenes.

Elena Retiraos, tía, yo los interrogaré; esperadme

en mi dormitorio. Paolo, dentro de un cuarto de hora subiréis aquí a los prisioneros.

Condesa Sobrina, eso es una locura.

Elena Marchaos, tía, ya os llamaré. *(Mutis Condesa puerta escape.)* ¡Qué alegría... es mi prisionero! Le haré pasar un mal rato y luego... luego le entregaré lo que hace tanto tiempo le pertenece, ¡mi amor! Voy a verlos.

(Elena se encuentra en primer término derecha, y al correr hacia la puerta grande de la izquieda se abre una hoja de la cristalera del balcón y aparece Leonardo.)

Música

Leonardo *(Piano.)*
Mas si en tus ojos
yo vislumbrara...

Elena ¡Su voz!...
Leonardo Sólo un destello
de una esperanza...
Elena *(Volviéndose.)* ¡Un hombre!...
Leonardo Escucha, Elena mía,
escucha, por favor,
no mates la alegría
del trovador.

Elena *(Indignada.)*
Con proceder artero
entráis por el balcón;
no sois un caballero,
sois un ladrón.
Leonardo *(Acercándose.)*
Es aquel soldado amante
que una vez te cantó amores,
el que viene en este instante
a pedir que le perdones;

a tus pies arrodillado
te suplico compasión;
ten lástima, si me quieres,
de mi pobre corazón.

Elena ¡Mi pecho enamorado
se ha conmovido,
al verle arrodillado
y arrepentido!...
(Sin poder contenerse.)
¡Leonardo!...

Leonardo Perdón, Elena,
mi amor implora. *(Conmovido.)*

Elena Yo te perdono
porque mi alma
locamente ya te adora.

Los dos Juntos hasta la misma muerte.
Juro que siempre he de quererte.

Leonardo Es aquel soldado amante
que te adora con pasión,
quien te jura en este instante
eterno amor.

Elena ¡Amor!

Leonardo ¡Amor!

Los dos ¡Amor!

Hablado

Leonardo ¡Oh, mi Elena, qué feliz ahora, y hace un instante qué desgraciado!

Elena Culpad a mis ojos por no haberos reconocido la otra noche.

Leonardo Mañana la Ciudad Eterna sabrá que Leonardo Rancini vuelve a ceñir la espada y marchará a conquistar laureles para su amada defendiendo la Patria.

Elena Este es el premio que os otorga Dios por haberos acercado a él durante dos años.

Leonardo ¡Mi Elena! Con qué placer pronuncio vuestro nombre.

Elena Pero entonces ¿a quién han aprisionado mis servidores? El Mayordomo asegura que sois vos y vuestro criado.

Leonardo ¡Buen chasco! ¿Quién creéis que pueda ser la persona que han encerrado en la cueva?

Elena No adivino.

Leonardo El cardenal Rancini y su criado Sebastiani.

Elena ¡Imposible!

Leonardo Por mi amor lo juro. Mi tío, a quien dijis-

teis en una carta que era yo el misterioso trovador, para desmentiros quiso en persona apoderarse del desconocido; yo, valiéndome de un ardid, conseguí que vuestros servidores apresaran al Cardenal y su acompañante.

Elena ¡Válgame la Virgen!... Hay que libertarlos en seguida.

Leonardo No sin condiciones.

Elena ¿Qué queréis decir?

Leonardo Mi tío, entusiasmado porque yo cante músisica religiosa, al saber que os amo y accedéis a ser mi esposa, se pondrá furioso y me retirará su protección y hasta su herencia, ¡lo conozco!... Pero este incidente le pone en nuestras manos... Ya veréis, tengo mi plan.

Elena *(Se oye ruido por la puerta grande.)* Oigo ruido... venid por aquí... hablaremos con la Condesa, mi tía, y ella nos ayudará.

Leonardo Vamos.

Elena Por aquí. *(Mutis puerta escape.)*

ESCENA II

PAOLO, RANCINI y MALATESTA

(Entra Paolo conduciendo a Rancini y Malatesta, liados ambos en su respectivo paño, los deja frente al público y pone dos sillones detrás de ellos.)

Malat. ¿Pero nos vais a guardar en un ropero?

Paolo Bueno, mucho cuidadito; os va a interrogar la Duquesa.

Malat. ¡Sólo nos faltan unas bolitas de alcanfor!

Paolo Los criados y yo estamos prevenidos.

Malat. ¿Queréis rascarme las narices?

Paolo Hacedlo vos.

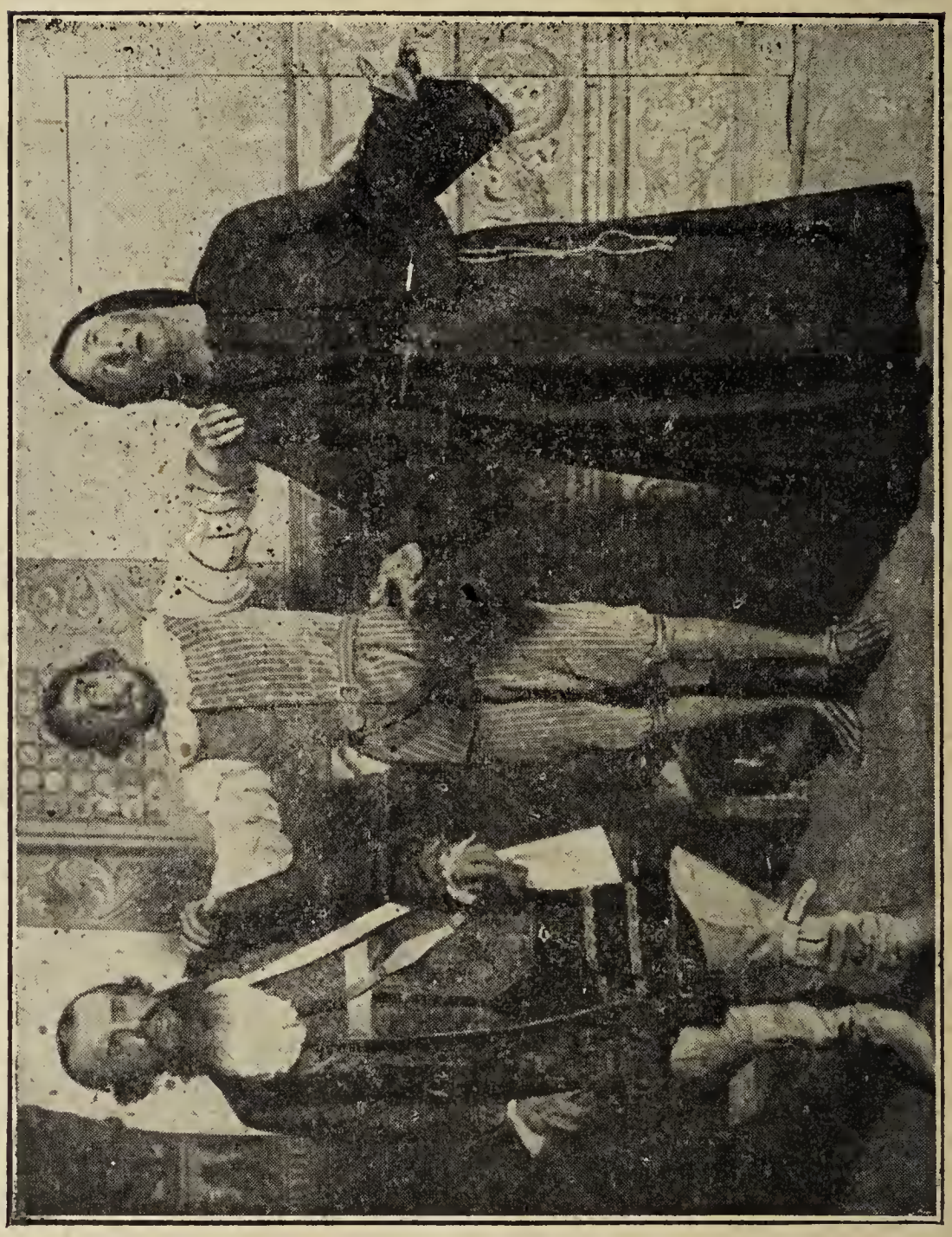
Malat. Si estoy atado. *(Paolo se las rasca.)* Gracias; se ve que no son las primeras que habéis rascado.

Paolo Al menor movimiento sospechoso que hagáis, caeremos sobre vosotros. *(A Rancini.)* Vos, atrevido rondador, sentaos... y vos también, indigno servidor.

Malat. *(Sentándose.)* ¡Dos palabras en el mundo

tienen la misma intención;
donde dice mayordomo,
se debe decir ladrón!...

Paolo *(Como si lo pincharan.)* ¡Bah... os desprec[illegible]!
Aquí os quedáis dos; encomendad el alma [illegible]



demonio, que ahora las vais a pagar to[illegible]s
juntas. *(Mutis puerta grande.)*

Malat. *(Después de una pausa.)* No se oye nada...
estamos solos... ¡¡Sisss!!... *(Siseando.)* Leonardo... ¿estáis ahí?

Rancini *(Suspiro de rabia.)* ¡Ay!...

Malat. *(Aparte.)* Claro, está enfurecido... *(Alto.)* Po-

brecito; os han maniatado y cubierto con un trapo, como a mí... ¡canallas!... ¿Qué maneras son esas de conducir a un caballero y su fiel servidor, como si fueran gatos?

Rancini *(Como antes.)* ¡Ay!...

Malat. Comprendo vuestros suspiros... ¡pero esta gente se empeñó en cogernos a todo trapo!... y hemos caído como dos mariposas. Lo malo es que ahora se enterará de todo el Cardenal, vuestro tío, y... ¡qué va a ser de nosotros!... con el genio que tiene tan avinagrado... ya me parece oir su voz que me dice...

Rancini ¡Canalla!

Malat. Eso es, ¡caramba, qué bien le imitáis!... Bueno; aquí, en confianza, os diré que no le puedo soportar. El tiene la culpa de vuestra captura; su presencia en la calle nos ha entretenido, y olvidamos la ronda de la Duquesa, y nos copó. ¡Nada, que entre todos nos han hecho un lío!... Digo, ya lo veis... bueno, ver... no veis nada porque el trapo es tupido.

Rancini ¡Estúpido!

Malat. Muy tupido, sí, señor; si pudiéramos desatarnos y escapar...

Rancini ¡Oh, escapar!...

Malat. *(Después de un respingo.)* Pero Leonardo... cómo ha cambiado vuestra voz... será el efecto del paño que os cubre... o puede que mi cabeza confunda...

Rancini ¿Confunda?

Malat. Sí, confunda...

Rancini ¡Tu alma Dios, servidor renegado... traidor!

Malat. ¿Qué decís... os habéis vuelto loco?

Rancini ¡De furor lo estoy por no poder romper mis ligaduras para ahorcarte con ellas!...

Malat. ¡Re... cáñamo! ¿Pero quién sois?

Rancini El cardenal Rancini.

Malat. ¿Eh?

(Se levanta y rápidamente camina como si nada llevara puesto que le estorbara la vista, se da un encontronazo contra el muro de la derecha primer término y allí se queda. Rancini se levanta y lo busca por la derecha, a tientas.)

Rancini ¿Conque no me puedes ver?...

Malat. Ni vos a mí.

Rancini ¡Yo te odio!...

Malat. Si me refiero al trapo...

Rancini No veo nada, pero así y todo te daré tu merecido.

Malat. (¡Ay, de miedo estoy frío!)

Rancini *(Con furia.)* ¿Dónde estás?

Malat. ¡Frío... frío... de miedo estoy!

Rancini ¡Ah, te burlas... te daré una paliza que te dejaré caliente!... *(Pasando por foro al lado de Malatesta, corre a la derecha por primer término, tropezando con los sillones.)*

Malat. ¡Caliente... caliente... me quiere dejar caliente!

ESCENA III

DICHOS, ELENA y LA CONDESA, por la puerta de escape.

Elena ¡Muy buenas noches, señores prisioneros!

Rancini *(Quedando en la izquierda.)* ¡Oh, la Duquesa!

Elena La misma.

Condesa Muy buenas noches.

Malat. La tía.

Condesa *(Con desagrado.)* ¿Eh?...

Malat. Latía... mi corazón de miedo porque mi señor el Cardenal...

Elena *(Haciéndose de nuevas.)* ¿Cómo el Cardenal?...

Rancini Sí, soy el Cardenal; ordenad que me quiten estas ligaduras y este ridículo trapo.

Elena Un poco de calma, querido Cardenal... *(Elena coge a Rancini y lo conduce al sillón; la Condesa retira el otro.)* Sentaos en este sillón y no regañéis más a vuestro criado Sebastiani.

Rancini Señora, no es Sebastiani. Es Malatesta.

Elena ¡Malatesta!

Rancini ¿Pero me quitáis esto?

Elena Un momento, Cardenal. *(Acercándose a Malatesta.)* ¿Sois Malatesta?

Malat. Sí, señora; que me deslíen y os convenceréis.

Elena *(A la Condesa.)* Tía, conducidlo a su señor y regresad.

Condesa *(Llevándolo de la mano.)* ¿Conque sois Malatesta?

Malat. Sí, señora; por eso me veo así... *(Se da en el quicio.)* así... voy a dar muchos tropezones, id delante.

Condesa Por aquí... por aquí. *(Mutis puerta escape.)*

Elena *(En la derecha y Rancini sentado en el sillón.)* ¡Vaya... vaya... quién lo había de pensar! ¿Conque ahora resulta que el cardenal Rancini... ¡qué escándalo!... está enamorado de la bella Duquesa y lo han sorprendido y aprisionado, cuando acababa de darla serenata en una obscura calle a espaldas de su palacio?... *(Sale la Condesa.)*

Rancini ¡Señora, esa burla!...

Elena ¡Fiaos de los príncipes de la Iglesia!

Rancini Tamaño insulto...

Condesa Eso es lo que dirá mañana la Ciudad Eterna, cuando sepa que habéis sido entregado al Santo Oficio por la víctima de vuestra persecución amorosa, que logró que os apresaran.

Rancini ¡Cómo, seréis capaz!...

Elena Depende de vos. Ahora romperemos este paño que os cubre, para que nos podamos entender con más comodidad. Desataros, más tarde... cuando me convenza de que somos amigos. *(Con unas tijeras que trajo la Condesa de un mueble, empieza a cortar, dejando una gran abertura por donde aparece la cabeza del Cardenal.)* Cuidado, no os haga daño con las tijeras.

Rancini ¡Ah, gracias a Dios!

Elena ¡Ja... ja... ja!... ¡Válgame el cielo, qué cara!

Rancini ¿Os burláis?

Condesa Perdonadme, Cardenal; pero estáis muy gracioso... ¡Ja... ja... ja!...

Música

Rancini Me atormenta vuestra risa;
yo suplico que os calléis
y presto me desatéis.

Elena ¡Cuánta prisa!

Condesa ¡Cuánta prisa!

Rancini Ridícula es mi postura,
yo juro me he de vengar,

y cuando Rancini jura,
el más bravo ha de temblar

Elena Calmad vuestro furor
y hablemos como amigos,
monseñor.
(Elena y la Condesa cogen dos taburetes y se sientan a ambos lados de Rancini.)
(Con acento burlón.)
Yo adoro a Leonardo
con toda mi alma.

Condesa El también la adora
y los dos se casan.

Elena Si como testigo
firmáis el contrato.

Condesa Tendrá nuestra ayuda
vuestro candidato.

Elena Pues siendo Leonardo
el esposo mío.

Condesa A nadie le extraña
que ayude a su tío.

Rancini Proposición es esa
muy atrayente,
pero me niego a ella
rotundamente;
lo destiné a la Iglesia,
no me desdigo.

Elena Irá, sin duda alguna,
pero conmigo.
(Se levantan las dos.)
Ese es mi ofrecimiento
y en él me escudo.

Rancini Duquesa, no consiento.

Condesa ¡Qué testarudo!

Elena Pues seguiréis atado,
y a la primera luz
saldréis entre soldados
con arcabuz.

Rancini Capaz no os creo.

Elena Sí, monseñor;
y lo juro en este instante
por mi honor.

Rancini ¡Por su honor!

Condesa ¡Por su honor!

Elena ¡Por mi honor!

Hablado

Elena Conque ya lo sabéis, Cardenal; estoy decidida a que al amanecer salgáis de mi palacio conducido por un piquete de arcabuceros... ¡consecuencias!... el escándalo y la pérdida inmediata de todas vuestras dignidades.

Rancini *(Aparte.)* Esta mujer es el demonio... cambiaré de táctica. *(Alto.)* Querida Duquesa, tan negro me pintáis el porvenir... que habré de acceder, muy contrariado, eso sí. Me habéis vencido. Pero mi sobrino aprueba...

Condesa Leonardo la adora, pero temiendo vuestro enfado no se atreve a decíroslo.

Rancini Bien; puesto que es voluntad de ambos, accedo... pero soltadme ya. *(Se fija en su espada, que Paolo dejó sobre un sillón cuando los sacó a escena.)*

Elena Al momento; pero antes habéis de prometer no enfadaros con Leonardo.

Rancini Prometido.

Condesa Y no desheredarle.

Rancini ¡Por Dios, Condesa... me creéis capaz!...

Elena Siendo así... ayudadme, tía. *(Lo desatan.)* Ya sois libre, Cardenal.

Rancini *(Corriendo a coger su espada.)* ¡Y de la libertad pienso aprovecharme!

Las dos ¡Ay!...

Rancini A vuestra traición para arrancarme una promesa, contesto con otra traición... ni una palabra... ni un grito. *(Cierra con llave la puerta grande.)* Cerrada esta puerta, ya no pueden sorprenderme vuestros criados; saldré por el balcón, y si alguien me ve, al no reconocerme, el perjuicio mañana será para vos.

Elena *(Interponiéndose.)* No saldréis.

Rancini Duquesa, apartaos o cometeré...

ESCENA ULTIMA

ELENA, CONDESA, RANCINI, LEONARDO y MALATESTA

Leonardo *(Apareciendo en la puerta de escape, seguido de Malatesta.)* ¡Una tontería impropia de quien ostenta el apellido Rancini!

Rancini ¡Mi sobrino!

Elena Leonardo.

Leonardo Y yo suplico a monseñor que, después de reconocer que habéis ofendido a estas nobles damas, abandonéis la idea de salir por el balcón; debéis salir por donde os corresponde, *(Señala la puerta.)* nadie os cerrará el paso. En cuanto a la petición de Elena, que os ha suplicado benevolencia para nuestro amor y la seguridad para mí de vuestro apoyo, olvidadla, nada necesito de vos. Con su cariño y mi espada yo sabré hacerme digno de ella. Así es como piensa el último de los Rancini.

Elena ¡Leonardo!

Condesa Muy bien... ¡sobrino!

Malat. *(Junto al Cardenal.)* ¿No os conmovéis?

Rancini *(Después de un gesto que asusta a Malatesta.)* Sí, estoy conmovido... y humillado; no desmiente la noble sangre de mi raza... ¡Accedo!

Leonardo ¡Ah... monseñor! *(Le besa la mano.)*

Malat. *(Bailando.)* ¡Ay, firulí... ay, firulá!...

Condesa ¿Pero qué hacéis?

Malat. ¡Que estoy muy contento, y ésta es la única vez en que a un santo no le vendrían mal un par de castañuelas!

Condesa ¡Qué demonio de hombre, es muy simpático! *(Va a tocarle la cara.)*

Malat. ¡Cuidado con la liga!...

Condesa *(Muy asustada y levantándose las faldas.)* ¡Ay!... ¿Se me ha caído?

Malat. Me refiero a esta pasta que llevo en la cara, ¡y no estaría bien que un caballero se pegara con una dama!

Rancini A Malatesta, aunque me odia, le perdono.

Malat. ¡Si todo fué broma; ya os había conocido por la voz!... ¡Mira... se lo ha creído... se lo

ha creído!... *(Con esta frase corretea como un chico y da un tropezón.)*

Leonardo Malatesta es bueno.

Malat. ¿Cómo bueno?... ¡Un santo!

Elena Nunca dejes de quererme,
moriría de dolor.

Leonardo ¡Como la Ciudad Eterna,
eterno será mi amor!

(Leonardo abraza a Elena. Rancini se agrupa con ellos y Malatesta y la Condesa rebosan de contento.)—Telón.

FIN DE LA OBRA

COUPLES PARA REPETIR

Vino a verme una hermosa
hija de Italia,
para besar la punta
de mi sandalia;
y aún me pregunta,
qué me doy, que tan suave
tengo la punta.

Dos novios se sentaron
en el banquito;
y él, atrevido, a ella
le dió un besito.
Después la achucha;
y yo, toda la noche
con la capucha.

Un hombre vino anoche
al rinconcito,
y lo vi al poco rato
agachadito.
Y yo en suspenso,
aguantando dos horas,
menudo incienso.

Una recién casada
tiene un antojo,
y con sus peticiones
me pone al rojo.
¡Ay, qué cinismo,
el venir a pedirme
siempre lo mismo!

Viene a diario un cojo,
y a grandes voces,
la gente me pregunta:

¿no le conoces?
¡Serán melones!
Si es cojo y es de Roma,
es Romanones.

Por estar aquí quieto
dos o tres horas,
voy perdiendo el partido
con las señoras.
Y a solas gimo,
porque es hacer el santo
y hacer el primo.

Pasan muchas parejas
por este sitio,
y en la forma que pasan
me ruborizo.
¡Qué algarabía;
irán a los derribos
de la Gran Vía!

Con lo que una devota
me ha prometido
si le quito los males
a su marido,
yo me propongo
saber si se los quito
o se los pongo.

NOTA. El actor encargado del papel de Malatesta debe hacerse una fotografía vestido de San Benvenutto y por ella hacer la escultura en cartón piedra.

OBRAS DE RAMON PEÑA

Los Gabrieles. Historieta cómica en dos actos, original y en prosa. Escrita en colaboración con don Ramón López-Montenegro. (Segunda edición.)

La Concha. Historieta cómica en tres actos, original y en prosa. Escrita en colaboración con don Ramón López-Montenegro.

Los de Alcañiz. Historieta cómica en un acto y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón López-Montenegro.

El ascensor. Historieta cómica en dos actos y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón López-Montenegro.

La venganza de Arlequín. Fantasía en un acto, dividido en tres cuadros, en colaboración con don Antonio López Monís. Música del maestro Quinito Valverde.

El trancazo. Historieta cómica en tres actos y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón López-Montenegro.

Pulmonía doble. Historieta cómica en un acto y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón López-Montenegro.

Una aventura en París. Opereta en tres actos. Escrita en colaboración con don Ramón López-Montenegro. Música del maestro Pablo Luna.

Rómulo y Remo. Historieta cómica en un acto. Escrita en colaboración con don Antonio López Monís.

Blanco y negro. Revista en dos actos, en verso y prosa. Escrita en colaboración con don Antonio López Monís. Música del maestro Millán

El gran premio. Opereta en dos actos. Escrita en colaboración con don Antonio López Monís. Música del maestro don Manuel Faixa.

La Ciudad Eterna. Zarzuela en dos actos, el segundo dividido en dos cuadros. Original y en prosa y verso. Música del maestro don Eduardo Granados.

3 0112 115871722

Precio: TRES pesetas